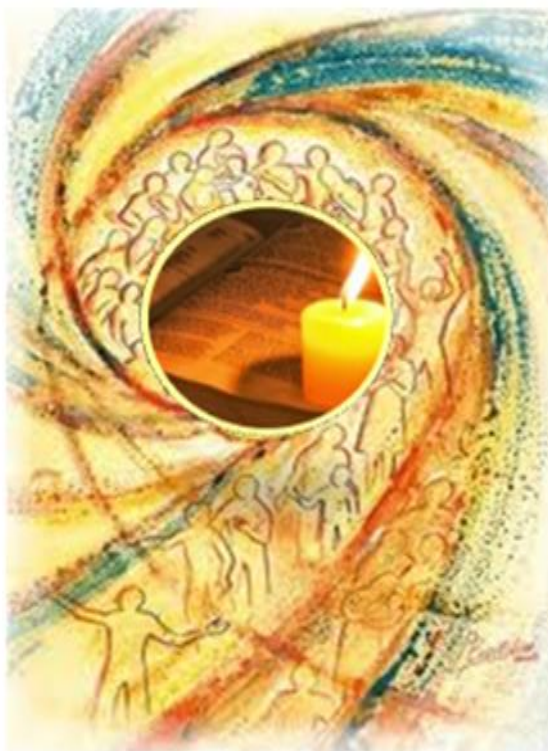


Vivir con pasión el presente



A lo largo de este año, la Iglesia nos ha invitado constantemente a renovar y recrear nuestra vocación y misión de consagradas. El Papa Francisco, nos ha recordado que estamos llamadas a “vivir el presente con pasión”, a escuchar atentamente lo que el Espíritu nos dice hoy, y a poner en práctica de manera cada vez más profunda los valores constitutivos de nuestra vida consagrada.

Esta llamada de la Iglesia, inspira muy bien el proceso que estamos viviendo como Congregación para dar respuesta a las llamadas que el Espíritu nos hace hoy. En este largo tiempo dedicado a la “revisión de nuestras obras y presencias” seguramente hemos tenido presente estas palabras del Papa: “El Año de la Vida Consagrada nos interpela sobre la fidelidad a la misión que se nos ha confiado. Nuestros ministerios, nuestras obras, nuestras presencias, ¿responden a lo que el Espíritu ha pedido a nuestros fundadores, son adecuados para abordar su finalidad en la sociedad y en la Iglesia de hoy? ¿Hay algo que hemos de cambiar? ¿Tenemos la misma pasión por nuestro pueblo, somos cercanas a él hasta compartir sus penas y alegrías, así como para comprender verdaderamente sus necesidades y poder ofrecer nuestra contribución para responder a ellas?”

... las realidades que gritan, piden de nosotras una “gran pasión” por el Señor y por su pueblo

La realidad de nuestro mundo nos confirma cada día con más fuerza, que necesitamos reestructurarnos por y para la misión, si queremos responder con pasión a los escenarios emergentes del tiempo presente. En estos últimos meses, no han faltado acontecimientos ni reflexiones que hayan movido nuestro

corazón y nuestra vida. La multitud de refugiados y emigrantes que llaman a las puertas de nuestros países, las consecuencias nefastas de los desastres naturales, los países en guerra, las masacres de pueblos inocentes por intereses económicos y políticos, la pobreza extrema vivida muchas veces cerca de nosotras, la fragilidad dentro de nuestras comunidades... nos invitan a no quedarnos dormidas. No esperemos que Jesús nos diga: *“Tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen... (Sal 115, 5)*. Son realidades que gritan y piden de nosotras una *“gran pasión”* por el Señor y por su pueblo.

Al mismo tiempo tenemos que ser conscientes, que reestructurarnos para responder con más pasión y audacia a la misión, puede ser más o menos fácil en los papeles, pero puede ser mucho más difícil a la hora de poner en práctica las decisiones que tomemos. Por lo tanto para asumir positivamente las consecuencias del proceso de Congregación que estamos viviendo, necesitamos estar apasionadas por el Señor y por el Reino. No podemos olvidar que lo que cada una somos, es y será la Congregación. No hay futuro sin nosotras, el futuro está dentro de nosotras. Necesitamos poner pasión en lo que estamos viviendo ahora. Hagamos nuestra la llamada que el Papa hace a los jóvenes: *“no dejen que les roben el sueño de una misión auténtica, de un seguimiento de Jesús que implique la donación total de sí mismos”*.

Vivir con pasión, es luchar por hacer posible el Reino, arriesgarse a VIVIR al estilo de Jesús: amando la vida, viviendo cada minuto la entrega con alegría y entusiasmo, sufriendo con los que sufren, llorando con los que lloran, gozando con los que gozan... Es estar convencidas y entusiasmadas con lo que hacemos, como si no pudiéramos imaginarnos haciendo otra cosa. Sin huir de la realidad, al contrario, abrazándola y haciéndonos cargo de ella.

Rafa Nadal (tenista español) compartiendo su experiencia dice: *“ante los partidos, especialmente difíciles, el secreto estaba en poner el doble de pasión y el doble de ilusión”*. El proceso de reorganización de la Congregación no es una tarea fácil, por lo tanto necesitamos recurrir a este mismo secreto: *“poner el doble de pasión y el doble de ilusión”*. Necesitamos hacernos cada día más conscientes que este proceso de reorganización va a suponer unas pérdidas y unas ganancias, pero al final podremos decir como San Pablo, *“todo lo considero pérdida y lo tengo como basura, con tal de ganar a Cristo y vivir unida a Él”* (Fil 3, 8-9).

Vivir con pasión, es luchar por hacer posible el Reino, arriesgarse a VIVIR al estilo de Jesús

El P. Rogelio Bustos (mccj), nos recuerda que la pasión no se consigue de una vez para siempre, es como una planta que tenemos que cuidar y alimentar cada día; por ello es necesario revisar cómo estamos viviendo nuestra entrega y cuál es nuestro vínculo con el Evangelio, con el carisma y con la misión. En esta misma línea el Papa nos invita a preguntarnos, *“cómo nos dejamos interpelar por el Evangelio; y si este es realmente el “Vademecum” para la vida cotidiana y para las opciones que estamos llamadas a tomar”*. A la luz de estas llamadas e interrogantes, podemos asegurar que sólo el Evangelio con su dinamismo y actualidad, puede indicarnos la ruta por donde encaminar nuestros pasos. Estamos invitadas a vivir en actitud de DISCERNIMIENTO para no engañarnos y ser, así, reflejo y expresión del Carisma que nuestros fundadores nos legaron.

Vivir el presente con pasión es hacernos “expertas en comunión”, *“En una sociedad del enfrentamiento, de difícil convivencia entre las diferentes culturas, de la prepotencia con los más débiles, de las desigualdades, estamos llamados a ofrecer un modelo concreto de comunidad que, a través del reconocimiento de la dignidad de cada persona y del compartir el don que cada uno lleva consigo, permite vivir en relaciones fraternas.”* Papa Francisco (Carta a los Consagrados nov 2014). A la luz de esta llamada es muy importante preguntarnos: ¿Cómo son nuestras relaciones en

comunidad? ¿Qué experiencia de comunión estamos construyendo hoy? ¿Qué pasión ponemos en lo que vivimos cada día?

Vivir el presente con pasión, es mirar y reconocer cómo está nuestro fuego interior y preguntarnos: ¿Qué habita en nuestro corazón hoy: el encanto o el desencanto? ¿La llama del amor primero está aún ardiendo? ¿O solo quedan cenizas?, y si es así, será momento de poner aire fresco para fogear las brasas que aún quedan en nuestro interior. Vivir con pasión, nos exige sumergirnos permanentemente en el manantial de la oración – adoración, para encontrarnos con el Señor y permanecer en Él. Si queremos vivir hoy con pasión, necesitamos la fuerza transformadora del Espíritu. Sólo el Espíritu puede iluminar nuestro hoy, encender nuestro amor por Jesús y su Reino, y recrear nuestra vida y misión.

Si queremos vivir hoy con pasión, necesitamos la fuerza transformadora del Espíritu.

Nuestra pasión por Dios y por el Reino, nos lleva a servir con todo nuestro ser: corazón, mente y voluntad, y a buscar en todo momento la voluntad de Dios. La pasión está en la base del servicio callado y humilde de tantas hermanas nuestras, pero precioso a los ojos de Dios. La pasión que surge de un corazón profundamente enraizado en Dios, es la que da significatividad y visibilidad a lo que somos y hacemos cada día. Sin esta pasión, no hay calidad de vida, y el cansancio, la tristeza, la resignación, la rutina, la desesperanza, el desencanto... fácilmente se hacen presentes en nuestra vida y misión.

El Señor nos invita a vivir el “Hoy” de forma esperanzada y transformadora, escribiendo la historia, nuestra historia, con la confianza que Dios está haciendo algo nuevo con nuestra pobreza e incluso con nuestras pérdidas. La fidelidad al Espíritu nos pide ser clarividentes e imaginativas, vivir con esperanza y compromiso, siendo instrumentos creativos y constructivos del “*nuevo rostro de la Congregación*”.

Que la pasión por el Padre y por el Reino que vivió Jesús, y la fuerza que tuvo María: para decir Si, para ir de prisa a visitar a su prima Isabel y para quedarse de pie al pie de la Cruz; sea la pasión que nos lleve a escuchar la voz de Dios como el profeta Isaías: *¿A quién enviaré, y quién irá por mí? Y seamos capaces de responder como él: “Heme aquí; envíame a mí”(Is. 6,8)*. Que Jesús y María nos ayuden a estar dispuestas a entregar la vida con pasión en la construcción del Reino.